


Caballero de industria

1447

Isidoro Gil



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

# EL CABALLERO DE INDUSTRIA.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

**DON ISIDORO GIL.**



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=  
1859.

## PERSONAS.



M. DE FERRIÉRES.

JORGE DE FERRIÉRES, *su hijo.*

DUMESNIL, *industrial acaudalado.*

EDUARDO DE DARMINCOURT.

VÍCTOR DOLBAN.

DUMARSAY.

MADAMA DE FERRIÉRES.

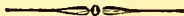
ELISA, *huérfana confiada á su cuidado.*

MARÍA, *hija de DUMESNIL.*

UN CRIADO.

CONVIDADOS: BAILARINES, &C.

La escena es en Paris en casa de M. de Ferrières.



Este drama es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

---

# ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa un salon.

## ESCENA PRIMERA.

MARIA. MADAMA DE FERRIÉRES. ELISA. DARMINCOURT.

FERRIÉRES : *poco despues* UN CRIADO.

(*Al levantarse el telon aparece bordando Mad. de Ferriéres en un sillón á la izquierda del espectador.—Elisa vestida con mucha elegancia, en pie á su lado y recostada en el respaldo del sillón.—Darmincourt al lado de Elisa.—Maria sentada en una silla al otro lado de Mad. de Ferriéres, y vestida con la mayor sencillez, hace un bolsillo.—Ferriéres, sentado tambien al lado de una mesa, y á la derecha del espectador, recorre con la vista varios periódicos. En la mesa de juego que tiene al lado, y sobre la cual estan los periódicos, habrá tambien un juego de tresillo.*)

*Elisa.* Y qué! Os negais?... Tendria tanto gusto en asistir á ese baile!... La modista me habia hecho un vestido tan elegante...

*Darmincourt.* Vamos, es imposible que os resistais por mas tiempo (*A Madama de Ferriéres*); tanto mas cuanto que á vos tambien os deben gustar los bailes.

*Mad. de Ferriéres.* Señor de Darmincourt, sin duda habeis olvidado que he vivido diez años retirada del mundo, y que por consiguiente ya son inútiles para mí las lisonjas. Verdad es, que la madre de un jóven de veinte años no se pondrá en ridículo por acompañar al baile á una huérfana confiada á su cuidado; pero tambien lo es que un baile no puede ofrecerla ya muchos atractivos. Además, ayer

:

estuvimos de *suaré*, y me parece que es muy bastante, querida Elisa.

*Un criado.* (*Dirigiéndose á M. de Ferrières.*) Señor, ahí está el criado del baron Dalbreuse.

*Ferrières.* Ah! (*Volviendo de su distraccion y levantándose.*) Ya sé lo que es; trae.

*El criado.* (*En voz baja.*) Trescientos luses que ese caballero os debe de ayer noche.

*Ferrières.* Bien está. (*Toma un cartucho de manos del criado que se retira en seguida.*) Con que tanto os gustan los bailes, Elisa. (*Metiéndose el cartucho de monedas en el bolsillo y tomando parte en la conversacion.*)

*Elisa.* Ya tenia prometidos once rigodones para el de esta noche.

*Darmincourt.* No olvideis que me teneis ofrecida una galop.

*Elisa.* Con que no consentireis? (*A Mad. de Ferrières.*)

*Mad. de Ferrières.* Allá veremos. Pero hemos de dejar sola otra vez á la pobre María? (*Mirando á su marido que se ha vuelto á quedar pensativo.*)

*Elisa.* Ya se ve, ella no se mueve. Estoy segura que en cuanto se lo insinuase á su padre, la daria permiso... Un fabricante acaudalado!... Piensa acaso meterte monja!...

*María.* Elisa, nuestros gustos son diversos; tú has sido educada en Paris, y yo en un humilde pueblo. Ya sabes que hasta que la señora de Ferrières y su esposo dejaron hará diez y ocho meses su casa de campo, contigua á la de mi padre, para venir á fijarse aqui, jamas habia estado en Paris.

*Darmincourt.* Pobre muchacha!... Yo no sé cómo bay gentes que puedan vivir en pueblos! Y aun se atreven á decir que viven!...

*María.* Si señor; os aseguro que cuando la señora de Ferrières vivia alli con su hijo Jorge... con el señor Jorge, que hace dos años está viajando, no faltaban diversiones; pero desde que ellos se vinieron... confieso que me empezó á parecer triste el pueblo y no estuve contenta hasta que mi padre tomó casa en Paris. Con tal que mi cariñosa amiga me permita venir á pasar algunas horas á su lado, estoy con-

tenta: ni necesito bailes ni funciones, porque en ellos me fastidio.

*Elisa.* Fastidiarse en un baile!... Maria, tú has perdido el juicio... Con que está resuelto. (*A madama de Ferrières.*) Iremos mañana, ¿no es verdad?

*Ferrières.* (*Volviendo en sí.*) Mañana! No puede ser; mañana tendremos reunion aqui.

*Mad. de Ferrières.* Ah!

*Elisa.* Y se bailará?

*Ferrières.* Ciertamente. ¿No te habia hablado de ello, querida Julia? (*A su muger.*)

*Mad. de Ferrières.* No.

*Ferrières.* Perdona; estoy algunas veces tan distraido...

*Mad. de Ferrières.* Con efecto, pero tu olvido no tiene nada de particular; de tal modo se suceden en esta casa las funciones desde hace algun tiempo, que ya nos vamos acostumbrando á tenerlas sin ser avisadas de antemano.

*Darmincourt.* Como que vuestra casa es una de las mas nombradas entre los que frecuentan la buena sociedad, todo el mundo desea alcanzar el honor de ser presentado en ella. El alto concepto y el aprecio en que todos os tienen...

*Ferrières.* (*Con muestras de satisfaccion.*) Con que se ocupan de mí, amigo Darmincourt?

*Darmincourt.* Todos os tributan justos elogios, á la par que á vuestra amable esposa.

*Ferrières.* Ah! por mucho bien que digan de esta noble y generosa amiga, siempre será poco... Si supiéseis lo que ha hecho por mí en el tiempo de nuestras desgracias...

*Darmincourt.* La estimacion que generalmente os profesan, y la escogida sociedad que se reune en vuestra casa, han hecho desear á uno de mis amigos...

*Maria.* (*Aparte.*) Otro mas!

*Ferrières.* Señor de Darmincourt, sabeis que sois muy dueño de traer cuantas personas gustéis, porque no tengo palabras para encomiar bastantemente á las que hasta ahora me habeis presentado, y confieso que me gusta ver llenos mis salones de gente de buen tono. (*Madama de Ferrières le mira con tristeza.*)

(6)

*Darmincourt.* Sí, sí; bailes, óperas, bosque de Bolo-  
nia, mugeres hermosas y caballos ingleses, son los  
verdaderos encantos de la vida.

*Un criado.* (Anunciando.) El señor Dumesnil.

*Ferrières.* (Aparte.) Qué fastidio!

## ESCENA II.

*Dichos.* DUMESNIL.

*Maria.* (Dirigiéndose á Dumesnil.) Padre mio!

*Dumesnil.* Buenos dias, Maria. Señoras, bésoos los  
pies.—Qué tal va, señor de Ferrières?... Y vos, Dar-  
mincourt?... Ya me teneis en París por tres dias.  
Vengo á hacer ciertos pagos de consideracion y á  
divertirme un poco. (Cogiendo la mano á Ferrières.)  
Cuánto me alegro de veros, vecino... Seguis siempre  
contento con vuestra situacion?.. No lo estraño. Aqui  
estareis mueho mejor, que en la miserable casucha en  
que yo os conoé. Cómo demonios os habeis maneja-  
do para llegar á estar tan pobre?..

*Ferrières.* Habeis sido siempre rico, amigo Dumesnil?

*Dumesnil.* No por cierto; mientras vos derrochávais  
vuestro caudal, yo me afanaba por llegar á contar  
con algo. Oh! os aseguro que he trabajado mueho,  
pero tambien ahora cojo el fruto: el jueves que vie-  
ne empezará á haer servieio mi nueva máquina de  
vapor: ya vereis, ya vereis qué sombreros se van á  
fabricar con ella!.. Cinco son las máquinas que llevo  
inventadas; merced á ellas, vengo á ganar sesenta  
mil francos por año. Oh! la industria es una esce-  
lente cosa, y el gobierno que la protege, el mejor  
de los gobiernos. Asi es, que en el dia soy miem-  
bro del consejo municipal, elector y oficial de la  
guardia nacional. ¿Qué mas puede pedir un hombre  
de bien, teniendo por remate de euenta una hija  
como mi querida Maria? En el dia no apetezeo mas  
sino que Dios la dé un genio mas alegre.

*Un criado que sale.* Señora, earta para vos. (Vase.)

*Mad. de Ferrières.* Ah! traed; es de mi hijo.

*Maria.* (Aparte.) Carta suya!



*Mad. de Ferrières.* (Después de haber repasado la carta en silencio.) Me avisa que llega hoy.

*Ferrières.* Mi hijo!

*Elisa.* Jorge!

*Maria.* (Idem con alegría.) Ah! viene ya.

*Dumesnil.* Pues, señor, así no faltará nada para que sea completa nuestra alegría.

*Mad. de Ferrières.* Oid su carta; voy á leerla, porque sois unos verdaderos amigos.

*Ferrières.* Sí, sí, lee...

*Mad. de Ferrières.* (Lee en alta voz. Todos se acercan.) «Por fin, madre mía, tendré el gusto de volveros á estrechar entre mis brazos después de dos años de ausencia. Os voy á ver rodeada de felicidades y ocupando en la sociedad la clase que por vuestro nacimiento os correspondía y de que tan largo tiempo habeis estado separada. Voy á ver también á mi querido padre, á quien debo lo que soy, mi educación, los principios de honor y delicadeza que sus lecciones y ejemplos han grabado en mi corazón, y cuyo valor he podido apreciar en este viaje en que he aprendido á conocer á los hombres.»

*Ferrières.* (Aparte.) Pobre hijo mío!

*Mad. de Ferrières.* (Continuando.) Cuál es mi alegría al considerar que nuestra actual situación allanará todos los obstáculos que me impedían vivir al lado vuestro; que ahora podré aspirar á todas las carreras y ofrecer á mi amada Elisa una suerte digna de sus virtudes!—Esta carta llegará pocos momentos antes que yo; me reservo el placer de deciros todo lo que inútilmente intentaría espresaros aquí.—Recordad mis afectos á todos los amigos, y sobre todo, á nuestro excelente vecino Dumesnil.»

*Dumesnil.* Con que también de mí se acuerda. Oh! es un mozo cabal!

*Maria.* (Aparte.) Ni una palabra para mí!

*Darmincourt.* (En voz baja á Elisa.) Qué dichoso es ese hombre!

*Elisa.* (Algo cortada.) Como estamos prometidos desde nuestra niñez...

*Darmincourt.* (Idem en voz baja.) Ah! no sabéis el mal rato que me ha hecho pasar esa carta.

*Maria.* (*Aparte mirádoles.*) Y ella escucha á otro!

*Dumesnil.* (*A Ferrières.*) Buen día, vecino.

*Ferrières.* En efecto.

*Dumesnil.* (*A su hija.*) Vamos, alégrate tú tambien. Hase visto muchacha menos risueña!

*Elisa.* Es preciso que mañana la traigais al baile aunque no quiera: tendremos reunion.

*Dumesnil.* Bravísimo! Celebraremos el regreso de Jorge... Pero, Chist!... No habeis oido un coche?

*Mad. de Ferrières.* (*Corriendo á una ventana.*) Sí, sí,... es él; es mi hijo... Corraños á su encuentro. (*Vanse todos, excepto M. de Ferrières.*)

### ESCENA III.

M. DE FERRIÈRES solo y muy conmovido.

Todos corren á recibirle y yo... No sé lo que pasa por mí, que no me permite seguirlos... Jorge, noble y generoso jóven! ¿Por qué no me atrevo á presentarme á él?... Si me preguntase... Oh! no, no; la felicidad no le dejará pensar en nada... Loco de mí! Desechemos tan tristes ideas. (*Abre la cajita y mete en ella el dinero que le entregó el criado en la escena primera.*) Con este dinero llevo ya ganados mil luisas á Dalbreuse en menos de tres meses; no debo jugar ya mas con él.

### ESCENA IV.

*Dicho.* DARMINCOURT. MARIA. ELISA. MADAMA DE FERRIÈRES.  
JORGE. DUMESNIL. CRIADOS al foro.

*Ferrières.* (*Corriendo á abrazar á su hijo.*) Hijó mio! (*Jorge se arroja en los brazos de su padre.*)

*Jorge.* Padre querido!... Ah! dejad que os estreche á todos contra mi corazon. (*Trayendo hácia á sí á su madre.*) Cuán feliz soy en este instante! Todo me parece un sueño... Este lujo, esta elegancia... Ah! No os riais de mi admiracion. Os dejé tan pobres... y he tenido tan pocas ocasiones de pisar salones tan magníficos como este...

*Dumesnil.* Pues, ¿y vuestros viages?

*Jorge.* Amigo Dumesnil, cuando uno no tiene dinero... por mas que viage siempre vé pocas cosas porque tiene que atender á su subsistencia. Ya sabeis que yo salí del pueblo donde viviamos con la corta cantidad que mi pobre madre pudo darme, y que debia economizar mucho, porque no tenia esperanza de poder volverme á dar mas.

*Darmincourt.* Sin embargo, cuando yo os ví en Dieppe, estabais en casa de un pariente muy rico.

*Dumesnil.* Del cual heredásteis. Vuestro padre nos ha dicho que por ahí ha empezado su riqueza.

*Ferrières.* (Algo turbado.) Es verdad, pero aquel pariente....

*Jorge.* Tenia un hijo natural, y luego que murió se lo entregué todo al hijo.

*Mad. de Ferrières.* (Sorprendida.) Ah!

*Jorge.* Entonces trabé amistad con un capitán de navio ingles, y me embarqué en su buque que se hacia á la vela para América.

*Dumesnil.* Eso es.... pero señor, hace tanto tiempo que todo el mundo va á buscar fortuna á América, que no debe haber quedado allí ni rastro de ella.

*Jorge.* Mi amigo me proporcionaba una brillante colocacion en las Indias.

*Maria.* Tan lejos.... entonces no os hubiéramos vuelto á ver.

*Jorge.* Asi lo temia, y por lo mismo venia á abrazar á mi familia por última vez antes de emprender tan largo viaje; pero cuando desembarqué en Burdeos supe el cambio de vuestra situacion, padre mio; juzgad de mi gloria!... Adios viage, adios pensamientos de ausencia.... Ah! querida Elisa, por vos sobre todo maldecia mi suerte, y la bendigo ahora. En el dia puedo aspirar á todo, y esperarlo todo... gloria, riquezas, amor....

*Dumesnil.* Para que se vea lo que puede el dinero, y luego nos vendrán aconsejando los filósofos el menosprecio de las riquezas.

*Jorge.* Qué placer es ver dichas las personas que uno ama.... Y vos, señor Dumesnil, estais contento de vuestra suerte?

*Dumesnil.* Sí, por cierto; como que todo me sale á pedir de boca. Aquí donde me ves, he tenido algunos votos para diputado. Oh! un industrial en el dia equivale á un marqués de antaño; no hay empleo, por encumbrado que sea, á que no pueda aspirar..... Amigo Jorge, estos son los efectos de la igualdad.

*Ferrières.* Qué necio orgullo! (*Aparte.*)

*Jorge.* Y vos, Darmincourt, tenéis mejor cabeza que cuando estábais en Dieppe?... Ya no jugareis tanto?..

*Dumesnil.* Oh! de cuando en cuando echamos nuestro partidillo.... Es mi única pasión....

*Darmincourt.* Ahora es preciso que contribuyamos todos á proporcionar á Jorge distracciones y recreos.. (*Dirigiéndose á él.*) Aquí encontrareis á varios amigos de los que conocísteis en Dieppe; Florville, Eugenio Dumarsay, Victor Dolban.

*Jorge.* Dolban también!

*Darmincourt.* Sí, tan envidioso y tan maldiciente como siempre; pero en cambio, con un excelente corazón. Me están aguardando, y corro á avisarles vuestra llegada. Espero tener el gusto de volver á ver hoy á estas señoras, porque vivo en la misma casa, aunque en el piso de arriba, para lo que gustes.... En Paris, el bolsillo y el cuarto juegan al columpio; á cada baja que tienen los fondos se sube un piso. Señoras, á vuestros pies.

*Mad. de Ferrières.* Pero qué! no nos acompañareis á comer para celebrar la llegada de Jorge?... Señor Darmincourt, y vos, Dumesnil, contamos con que nos haced ese obsequio.

*Dumesnil.* Está bien, aceptamos; voy á despachar mis asuntos, y vuelvo al momento.

*Darmincourt.* Yo dentro de una hora estaré aquí.

*Elisa.* Yo también voy á arreglarme un poco. (*Vanse los dos por el foro. M. de Ferrières se encamina á coger el sombrero para salir también.*)

*Mad. de Ferrières.* Espero deber al regreso de mi hijo la dicha de pasar algunos momentos mas al lado de mi marido. (*Deteniéndole.*) Mil veces al dia echo de menos la casa de campo donde siempre estábamos juntos.

*Ferrières.* Mi posicion, querida Julia, me obliga á guardar con el mundo ciertas atenciones que.... Ahora mismo me veo en la precision de pagar una visita al embajador de Inglaterra.

*Mad. de Ferrières.* Oh! no creas que mis recuerdos son quejas.

*Ferrières.* Lo sé, Julia; sé cuán buena eres. Volveré pronto: entretanto tendrás el gusto de hablar á tu hijo con entera libertad. Adios. (*Vase por el foro.*)

*Mad. de Ferrières.* Voy á enseñarle la habitacion que le he destinado. Ven, Jorge. (*Vanse madama de Ferrières, Elisa y Jorge por la puerta de la derecha.*)

## ESCENA V.

MARIA sola.

Qué felices son!... Ah! solo para mí no hay dicha en el mundo!... La ama!—No lo hubiera creido. Ella que ha sido educada en un colegio de Paris, que es rica, ni hubiera podido ser de Jorge, ni le hubiera querido cuando era pobre.... La ama!... Y yo que fui su compañera de infancia, que partia con él mis juegos y diversiones, que no tengo mas que un pensamiento.... apenas si he merecido una mirada suya.... Cuando ha dirigido la vista hácia mí ha sido con una frialdad!... Ah!... Ya no hay dicha para mí en el mundo.... Amala, ingrato, pero no por eso saldrá de mi boca el secreto que he descubierto.

## ESCENA VI.

MARIA. JORGE.

*Jorge.* Qué fastidio de visitas!... Ni han de dejarme hablar un momento á solas con mi madre.... Ah! por fortuna os encuentro aqui, hermosa Maria.

*Maria.* Caballero....

*Jorge.* Oh! no me llameis asi. Soy Jorge, vuestro amigo de infancia, vuestro hermano, Maria.... Pero qué teneis?... Parece que habeis llorado.

*Maria.* Yo!... nada de eso: no estoy triste.... al contrario.... estoy muy contenta.

*Jorge.* Por qué fingir conmigo, Maria?... Seria muy mal hecho.... Yo debo pescar vuestra confianza; es preciso que me digais vuestro secreto.

*Maria.* Nunca.

*Jorge.* (*Sonriéndose.*) Luego confesais que teneis alguno?

*Maria.* Y tal vez mas.

*Jorge.* Ea ; pues es preciso que yo le sepa.... Aqui viene justamente Elisa , que me ayudará á descubrirle.

*Marta.* (*Sonriéndose con amargura.*) Como temo mucho vuestra penetracion, os saludo y me retiro.

## ESCENA VII.

JORGE. MARIA. ELISA *que viene por la puerta de la derecha.*

*Elisa.* (*Deteniendo á Maria.*) Dónde vas? espera. Despues de dos años de ausencia tiene uno que contarse tantas cosas, que apenas si bastarán dos personas para hacer preguntas. Quédate aqui, y sentémonos á hablar un poco.

*Maria.* Pero....

*Elisa.* Vamos, lo exijo, Maria.

*Jorge.* Y yo os lo suplico. (*Siéntanse. Jorge estará colocado entre las dos.*) Cuántas veces he deseado un instante como este!... Estar asi, al lado vuestro, al lado de Maria que será nuestra hermana. (*Las coge las manos.*) Decidme, Elisa, habeis pensado mucho en mí?

*Elisa.* Cuando os marchásteis estaba yo aun en el colegio; vuestra madre me sacaba de él todos los meses, como siempre lo ha hecho en los cuatro años que estoy confiada á su cuidado desde que quedé huérfana; entonces no cesábamos de hablar de vos, Maria y yo; pero nunca me atreví á contarla lo que me habiais dicho al marcharos, y sin embargo nunca llegué á olvidarlo.

*Jorge.* Ah! es decir que os acordábais siempre de mis palabras?

*Elisa.* «Elisa, me dijísteis, os amo; sois el objeto de mi primero y único amor; si logro hacer fortuna vendré á pedir vuestra mano, porque sin tan dulce esperanza la vida me seria odiosa.» (*Maria retira su mano de la de Jorge y se aparta de él con disimulo.*)

*Jorge.* Pero vos no me contestásteis nada.

*Elisa.* (*Sonriéndose.*) Y sin embargo os aguardaba....  
(*Jorge la besa la mano.*)

*Maria.* (*Aparte.*) Oh! Dios mio!

*Jorge.* (*Volviéndose hácia Maria.*) Pero decidme, Maria, vos que habeis pasado casi todos los dias al lado de mi madre, no es verdad que hubo en esa una gran alegría, cuando se supo que mi padre era rico? Yo nada he sabido hasta que me dirigió á Burdeos unos cuantos renglones, noticiándome tan feliz cambio. Ni aun he tenido tiempo de hablar de ello con mi madre; contadme lo que ha pasado, porque ansío saberlo.

*Maria.* (*Aparte.*) Qué le diré? (*Alto.*) No ignorais, Jorge, que me he criado con vos, y que vuestro padre me trata como á una niña; mal puedo por consiguiente ser depositaria de asuntos tan delicados. Todo lo que yo sé, es, que un dia en que vuestro padre estaba mas triste y desesperado que nunca, dijo que tenia que ausentarse de Paris por poco tiempo; pasaron tres dias y vuestra madre, no acostumbrada á que estuviese fuera, y recordando su desesperacion, empezaba á estar inquieta y temerosa, cuando M. de Ferrières volvió de pronto contento y satisfecho como nunca: nos dijo que se habia encontrado con unos antiguos amigos que le habian detenido y comprometido á que volviera otra vez á su lado. Hizo asi varios viages, y cada vez volvia mas alegre: poco despues habló de dejar su casita y venirse á Paris. Entoncees supliqué yo á mi padre que nos viniésemos tambien á vivir aqui... y fuí dichosa; porque me acordé de que ibais á ser feliz... Esto es lo único que sé.

*Jorge.* Pobre Maria!... Pero, decidme, ¿por qué estais siempre tan triste?... Es preciso que desterreis esa melancolia! Elisa, en breve seremos felices, pues mis padres desean que se efectue nuestro enlace....

Ya no nos volveremos á separar.... Siempre, siempre á vuestro lado.

*Elisa.* Iremos al teatro , asistiremos á conciertos y reuniones. Oh! vos no conoceis aun los encantos del mundo, porque hasta ahora habeis sido desgraciado.

*Jorge.* Qué mayor encanto para mí que estar al lado vuestro?

*Elisa.* Pero no hay que ser como Maria, que no quiere ir á ninguna diversion!...

*Jorge.* Oh! nosotros la llevaremos y vereis como se distrae: no es verdad Maria?

*Maria.* Yo no entiendo por felicidad, como Elisa, el poder ir á un baile ó á un teatro, concurrir á fiestas y diversiones y lucir alli ricos tocados y vestidos de esquisito gusto: la felicidad tiene á mis ojos muy distinto aspecto.

*Jorge.* Cuál es?

*Maria.* Yo creo que tambien se puede ser dichosa sin necesidad de brillar en el mundo, y con tal que se tenga un amigo á quien amar, padres que nos quieran y algun desgraciado á quien favorecer.

*Elisa.* Amiga, no puedes negar que te has criado en el campo. La vida de Paris es enteramente diferente.

*Jorge.* Espero sin embargo, Elisa mia, que las distracciones dejarán algun tiempo al amor. Pero á propósito... Si será esa pasion la que causa la tristeza de Maria.

*Elisa.* (Riendo.) Oh!... Mirad como se ha puesto. Ya me he sospechado yo eso mas de una vez.... Vamos, Maria, mirame bien á la cara...

*Un criado.* (Anunciando.) El señor de Darmincourt.

*Elisa.* (Riendo.) Ese es justamente el nombre que yo iba á pronunciar.

*Maria.* Qué locura!

## ESCENA VIII.

DARMINCOURT. FLORVILLE. DUMARSAY. JORGE. ELISA. MARIA.

*Darmincourt.* Señoras, con vuestro permiso. Aqui os presento, querido Jorge, á vuestros antiguos amigos; han sabido vuestra llegada y han querido venir á saludaros sin perder tiempo.



*Jorge.* Señores, os estoy muy agradecido y tengo sumo gusto en volveros á ver.

*Elisa.* Nosotras nos retiramos.

*Jorge.* Maria, contad con vuestros amigos. (*Acompaña á las señoras y vuelve á donde están los otros.*)

*Dolban.* (*A los demas.*) ; Qué lujo! De donde les ha venido todo esto?

## ESCENA IX.

DARMINCOURT. DOLBAN. JORGE. DUMARSAY.

*Jorge.* Todo se junta hoy para hacerme completamente feliz.... Cuanto os agradezco esta visita.

*Dolban.* Por vos hemos renunciado á dar un paseo á caballo por el bosque.

*Jorge.* Mañana iremos todos juntos, para lo cual espero me hagais el obsequio de venir á almorzar conmigo.

*Dolban.* Con mucho gusto.... Os enseñaremos los carruages de todas las notabilidades y las caricaturas de nuestros hombres de estado; os haremos admirar los caballos ingleses y las elegantes libreas de algunos de nuestros grandes, que han perfeccionado el arte de contraer deudas hasta el infinito y van poco á poco hácia Sainte Pelagie, por el bosque de Bolognia.

*Durmarsay.* Mas corto ó mas largo todo es camino.

*Darmincourt.* Oh! tenemos mil cosas que enseñar á Jorge. No conoce nada de Paris. Placeres, peligros, intrigas, diversiones, de todo se ha de enterar.

*Dolban.* (*A Jorge.*) Aqui vereis nuevas mejoras todos los dias. Un ministerio cada semana. Todo el mundo en Paris es político y literato. Andreville va á publicar un periódico para los niños de pecho. Nuestro amigo Dumarsay (*Señalándole.*) piensa dar á luz un folleto con el título de «Cuatro palabras á los empleados.»

*Jorge.* Y qué dice en él?

*Dolban.* Cosas muy chistosas; entre otras, aconseja á los cesantes que se mueren de hambre, que economizen una peseta por dia y tendrán seis duros al fin del mes.

*Jorge.* Estupendo consejo!

*Dolban.* (Señalando á *Darmincourt.*) En cuanto al buen *Darmincourt*... acaba de publicar una coleccion de fábulas políticas... La *Fontaine* hacia raciocinar á los animales como hombres... pero este se ha propuesto lo contrario.

*Darmincourt.* Siempre mordaz, *Dolban*... Déjale decir, *Jorge*. Yo he sentado la cabeza y eso es lo cierto.

*Jorge.* Pues no habeis hecho poco, porque cuando yo os conocí erais el mayor trouera... y jugador como el primero.

*Dolban.* Oh! no creais que ha olvidado el oficio... lo que es ahora no juega; pero apunta.

*Jorge.* Y por qué es eso?

*Darmincourt.* Porque ya no me atrevo á ponerme á jugar. Figuraos que yo tenia un íntimo amigo á quien creia el hombre mas de bien del mundo, y el tal eaballerito era un tahir, un hombre que robaba en el juego haciendo trampas. Todas mis relaciones tenian noticia de nuestra amistad, y quien sabe lo que hubieran sospechado si lo hubiesen descubierto.

*Jorge.* Es posible?

*Dolban.* Y qué se hizo ese bribon?

*Darmincourt.* Murió del cólera.

*Dolban.* Hola, parece que el cólera es bueno para algo. Pobre *Darmincourt*! Ya puedes dar gracias á la tal enfermedad, porque si no estarias arruinado á estas horas; tú jugabas con ese infame *Delaunay* y un jugador no conoce parientes ni amigos.

*Darmincourt.* Cuando lo descubrí; le obligué á iniciarme en su manejo sopena de hacerlo público, y en seguida me separé de él para siempre.

*Dolban.* Pues mira no dejes de comunicarnos los secretos de esa ciencia cuando llegué la ocasion. Asi nos libertarás de que nos roben el dinero á la faz del mundo y sin ningun riesgo, ciertos buenas piezas que suele haber aun en las mejores sociedades.

*Darmincourt.* Hablas como hombre que se resiente de las pérdidas de la temporada de máscaras.

*Dolban.* Con efecto y por eso tengo ganas de saber si me dejé engañar por algun pillo. Ea, enséñanos las mañas de esa gente.

*Dumarsay.* Sí, sí.

*Darmincourt.* Con mucho gusto. Mira, aquí hay mesa de juego. Figuraos que mi contrario (*Se dirige á la mesa de la izquierda donde está la caja con barajas; saca una y todos se agolpan en derredor suyo.*) está muy ocupado en mirar su juego, barajo las cartas de esta manera; en cuanto ha alzado, vuelvo á coger la baraja con la mano derecha.... Eh! ya puede alzar de nuevo veinte veces si quiere. Los triunfos han de venir á mí sin remedio.... Vuelvo el rey.... y él se queda con todos los sietes.... Qué os parece?

*Dolban.* Perfectamente. No echaré la leccion en saco roto.

*Dumarsay.* Ni yo tampoco.

*Darmincourt.* Oh! pero lo que yo he hecho no es nada; soy un pobre principante. Los maestros tienen ya suelta la mano y arreglan el golpe á las mil maravillas.

*Jorge.* Yo no sé para que os miro, porque es tal el odio que mi padre me ha inspirado al juego desde mi niñez, que he jurado no coger las cartas en mi vida.

*Darmincourt.* Eh! nadie sabe lo que puede suceder y bueno será, por si llega el caso, que aprovecheis el aviso. Pero hablando de otra cosa, Jorge, he visto á vuestro padre ajustando un magnífico caballo ingles en Franconi; debéis decirle que le compre, es soberbio.

*Dolban.* Sí, sí, un padre tan rico no puede negaros eso.

*Jorge.* Señores, acabo de llegar y no sé aun precisamente hasta dónde alcanzan los medios de mi padre... pero es generoso y no dudo....

*Dolban.* Cómo! No sabéis el caudal de vuestro padre!... pues no habeis visto vos mismo la pingüe hacienda que heredasteis en Dieppe?

*Darmincourt.* Qué! Si no ha habido tal herencia.

*Dolban.* Ah!... ya.... En verdad que Paris es el primer pueblo del mundo.... es el único punto donde puede uno arruinarse ó hacer suerte sin que nadie se meta en cómo, ni de que manera: es lo que se llama un buen pais.

*Jorge.* Y qué quereis decir con eso?

*Dolban.* Nada; es una reflexion que se me ha ocurrido y que á otros les ha ocurrido mucho antes que á mí.

*Jorge. (Picado.)* Señor Dolban, hacedme el gusto de esplicaros con mas lisura, porque maldito si os entiendo.

*Dolban.* Hombre... tiene algo de particular que yo me admire de estos altos y bajos de las riquezas de ciertos hombres?

*Darmincourt.* Como tú te arruinas, no perdonas á los que se enriquecen.

*Dolban.* Sí tal, cuando es por medios honrosos y lícitos.

*Jorge.* Qué oigo? Os atreveriais á sospechar acaso del mas virtuoso de los hombres?

*Dumarsay.* Vamos... vamos... Calmaos. (*Poniéndose entre los dos.*)

*Jorge.* Pronto sabreis...

*Dolban.* El qué? qué hemos de saber?... De qué modo se ha enriquecido vuestro padre?... Oh! me alegraré mucho y erco que no seré yo solo, porque conozeo otras personas que piensan...

*Jorge.* Qué es lo que piensan?...

*Dolban.* Mejor diré que no saben qué pensar acerca de vuestra situacion actual.

*Jorge.* Ah! ya es demasiado!... Dudar un solo instante del honor de mi padre!... Dolban me dareis satisfaccion de tan inicua ofensa!...

*Darmincourt.* Pero señor, os habeis vuelto locos los dos?

*Jorge.* Se conoce que estimais en bien poco vuestra honra cuando tan ligera y desearadamente murmurais de la ajena.

*Dolban.* Señor de Ferrières...

*Jorge.* Sí, solo un miserable calumniador se espresaria como vos acabais de hacerlo.

*Dolban.* Basta... mañana acabaremos esta conversacion en el bosque de Bolonia.

*Jorge.* Está bien: á las doce. Los señores nos servirán de padrinos.

*Dolban.* Convenido.

*Darmincourt. (Al otro en voz baja.)* Haremos que se den la mano y acabará el lance en un almuerzo.

*Criado. (Anunciando.)* El señor Dumesnil.

## ESCENA X.

*Dichos.* DUMESNIL.

*Dumesnil.* Eh! Ya despaché mis negocios y me teneis á vuestro lado, querido Jorge... Qué agitado estais!... Ha ocurrido alguna cosa?

*Dolban.* Oh! nada, nada. Hasta la vista, señor de Ferrières.

*Jorge.* Hasta mañana.

*Dumesnil.* Caballeros, soy yo por ventura el que os echa de aqui?

*Dolban.* Muy lejos de eso, señor Dumesnil. Hace tiempo que os conocemos y os tributamos el justo aprecio que se merece uno de nuestros mas ricos industriales.

*Dumesnil.* Sí señor, rico á costa del sudor de mi frente.

*Dolban.* Ya lo sabemos... Vuestra opulencia no es ningun misterio.

*Jorge.* (*Aparte.*) No sé como me contengo.

*Darmincourt.* Vamos, señores, ya es tiempo de retirarnos. (*Bajo á Dolban.*) Te has propasado Dolban; le has ofendido.

*Dolban.* Pero hombre si tambien él se inflama como una pólvora.

*Darmincourt.* Mañana trataremos de arreglar el asunto. (*Vanse los jóvenes por el foro despues de haber saludado.*)

## ESCENA XI.

DARMINCOURT. MARIA. ELISA. DUMESNIL. FERRIÉRES. MADAMA DE FERRIÉRES. JORGE. *Poco despues* UN CRIADO.

*Dumesnil.* (*A Jorge que se ha quedado pensativo en el proscenio.*) Pero qué es lo que teneis, Jorge? Qué significa ese silencio?

*Jorge.* Ah! perdonad; estaba distraido.

*Dumesnil.* Vamos, vamos, es preciso estar alegre...

*Darmincourt.* (*Que ha acompañado á los jóvenes y vuelve á la escena.*) Aqui viene vuestra madre. Serenaos, Jorge.

*Jorge.* (Conmovido vivamente.) Y mi padre? (Se dirige á él con alguna precipitacion.)

*Mad. de Ferrieres.* Hijo mio! Apenas he tenido tiempo para verte.... He maldecido mil veces á esas importunas visitas.

*Jorge.* Ya no nos separaremos en todo el dia, no es verdad?

*Ferrier.* No, he dado orden de no recibir á nadie.

*Criado.* Señores, cuando gustéis.

*Dumesnil.* Escelente noticia... Ea, vamos... No hay que dejar enfriar la amistad ni la comida.



---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

El teatro representa otra sala de la casa de Monsieur de Ferrières. Tres puertas al foro: la de enmedio tendrá dos hojas.

### ESCENA PRIMERA.

ELISA. MARIA *que vienen por la puerta de enmedio.*

*Elisa.* Pero Maria á que viene ese misterio cuando es una amiga la que te pregunta, porque quiere ocuparse de tu felicidad.

*Maria.* No te entiendo.

*Elisa.* Yo merezco la confianza de Darmincourt y tú eres un partido escelente; todo se compondrá.

*Maria.* (*Sonriéndose.*) Qué oigo? Piensas ir á pedir la mano de alguno para mí?... Qué locura!

*Elisa.* Hola! Tu amor propio se resiente!.. Ya entiendo: te ha sabido mal que Darmincourt me haya demostrado alguna predileccion.

*Maria.* Al contrario, querida Elisa, me parece muy natural que te haya preferido á mí; lo que sí me enfadaria y lo que no te perdonaria nunca, seria el que diceses paso alguno que me pusiera en ridículo con un jóven con el cual ni quiero ni puedo casarme.

*Elisa.* Y por qué? no le amas?

*Maria.* (*Sonriéndose.*) Yo!... amarle!..

*Elisa.* Si pensó en dirigirme sus obsequios cuando ignoraba que estaba prometida á otro, no desconfies por eso de que en el dia llegue á pensar en tí, y sobre todo no hay que dejar escapar la ocasion de ser feliz por un orgullo mal entendido.

*Maria.* Feliz!..

*Elisa.* Yo he visto mas de una vez tus hermosos ojos arrasados en lágrimas. Me negarás que es ese el secreto que ocultas en el fondo de tu corazon? A qué

viene fingir conmigo?... Los dos casamientos pueden hacerse en un mismo día; tendremos los mismos regalos, las mismas alhajas!... Tú eres mas rica que Darmincourt; pero en cambio, Jorge es mas rico que yo, si hemos de juzgar por el lujo que gasta su padre; eso quiere decir que nuestra situacion será casi idéntica.

*Maria.* Oh!... el caudal de Jorge...

*Elisa.* Qué!... tú piensas en riquezas, Maria? No hay duda que Darmincourt no es tan opulento como tu padre; pero eso qué importa? Si yo me hallara en tu situacion, me parece que me casaria con Jorge, aun cuando fuese pobre.

*Maria.* Y si tú tambien fueses pobre, te casarias con él?

*Elisa.* Oh!... entonces no, ni tampoco en la situacion en que me hallo en el día, porque mis padres no me dejaron mas que cien mil francos por únicos bienes, y con eso no hay para empezar.

*Maria.* Es decir que para que tú aceptes su mano has de saber que es rico?

*Elisa.* Aun cuando no lo fuese le preferiria á otro cualquiera, pero qué quieres que te diga?... En el día es preciso pensar en lo positivo. Asi me lo han enseñado, y yo quiero aprovechar las lecciones que he recibido. Veo que á tí te han imbuido ideas muy antiguas.

*Maria.* (Riendo.) Asi es, en efecto..... Segun eso erees que tu modo de pensar sobre este punto es mas juicioso y razonable que el mio?

*Elisa.* Ciertamente.

*Maria.* Amiga, te ha entrado un furor matrimonial que mete miedo.

*Elisa.* Aqui viene madama de Ferrières; apuesto á que es de mi misma opinion.

*Maria.* Oh!... te suplico que no te des por entendida con ella de nada de esto.

## ESCENA II.

*Dichas.* MADAMA DE FERRIÉRES que sale por la puerta de la derecha del foro.

*Mad. de Ferrières.* Buenos dias, hijas mias.



*Elisa.* Si supiéseis, mamá, qué triste está María!

*Maria.* (*Bajo.*) Calla por Dios.

*Mad. de Ferrières.* Hace ya dias que lo he advertido.

*Elisa.* Pues sin embargo, delante de vos se esfuerza por parecer alegre.

*Mad. de Ferrières.* Pobre Maria! (*Aparte.*)

*Maria.* He oido la voz del señor de Ferrières.... si no me engaño viene hácia aqui.

*Mad. de Ferrières.* Dejados solos, hijas mias. Tengo que hablarle.... despues nos veremos.

*Elisa.* Vamos, Maria.... Amiga, esta noche tenemos baile, y será preciso que te alegres y pienses en tu traje.

*Maria.* Haré lo posible. (*Vanse por la puerta del foro.*)

### ESCENA III.

MADAMA DE FERRIÉRES. FERRIÉRES *que viene por la puerta de la izquierda del foro.*

*Mad. de Ferrières.* Amigo mio!

*Ferrières.* Ah!..., eres tú?

*Mad. de Ferrières.* Sí, quisiera hablar contigo un momento.

*Ferrières.* Estoy á tus órdenes.

*Mad. de Ferrières.* No es cosa estraña por cierto que tenga que buscarte y pedirte que me escuches algunos momentos, porque desde que somos ricos apenas si tus numerosas relaciones te dejan tiempo de pensar en tu familia?

*Ferrières.* Sí lo es, en efecto, pero no por eso dejo de verte cada vez con mas alegría, y de contemplarme feliz cuando logro un instante como este.

*Mad. de Ferrières.* Escucha, amigo mio: há ya tiempo que deseaba tener contigo una esplicacion.

*Ferrières.* (*Algo turbado.*) Una esplicacion!

*Mad. de Ferrières.* Sí, porque todo lo que aqui pasa no es como debia ser.

*Ferrières.* Qué quieres decir con eso?

*Mad. de Ferrières.* A pesar de los placeres y diversiones á que te veo tan entregado, á pesar de tu disi-

mulo, he sabido descubrir en tu rostro momentos de profunda tristeza.

*Ferrières.* Yo triste!... no.... El recuerdo de mis pasadas desgracias únicamente podrá haber dejado alguna huella en mi corazón!

*Mad. de Ferrières.* Carlos!... En otro tiempo no poseíamos mas que un pobre asilo, es verdad; pero ni evitabas entonces mi presencia, ni tenias secreto alguno para tu Julia.... Ah!... cuán diferente te hallo en el día!... Será posible que la felicidad haya huido de nuestro lado desde que apareció la riqueza!

*Ferrières.* La felicidad.... Ah!... Dime qué es lo que necesitas para procurártela. Lujo, diversiones, ricos aderezos y brillantes carruages, todo lo tendrás en cuanto lo desees!... habla, qué es lo que necesitas?

*Mad. de Ferrières.* Te acuerdas de los tiempos que pasamos en nuestra casita de campo?...

*Ferrières.* Y cómo es posible que olvide aquellos días de continuos sacrificios y privaciones para tí?.. Aquellos tiempos, en que despues de haber perdido todo cuanto poseíamos, vendiste hasta tus alhajas para satisfacer las deudas que yo habia contraido.

*Mad. de Ferrières.* No es eso lo que quiero recordarte, amigo mio! Allí como aquí, en nuestra pobre casita como en la antigua quinta de tus antepasados, siempre te has conducido con honor, nobleza é hidalguía; yo no he hecho sacrificio alguno, porque te amaba, y tu cariño es para mí el mejor premio de lo que haya hecho. Entonces no éramos poderosos como ahora, es cierto; pero en cambio reinaba entre los dos la franqueza. En el día ignoro el estado de tus negocios, tus acciones, en fin, lo ignoro todo. El mundo y sus placeres, tus asuntos sin duda, el corto tiempo que pasas á mi lado te han estorbado advertir en la tristeza que asije mi corazón.

*Ferrières.* Qué escucho!... Tú triste por mi causa!... Tú, á quien debo tantos años de ventura: tú que te uniste á mí á pesar de haber nacido en la opulencia, y que acostumbrada al lujo y las riquezas, te has visto reducida á la miseria por mis prodigalidades.

*Mad. de Ferrières.* No hablemos mas de eso,

*Ferrières.* Oh !.. sí... hablemos de los males sin cuento que trae consigo la pobreza, para que nuestra situación presente adquiriera mas realce á nuestros ojos. No es verdad que el dinero es indispensable para ser dichosos?... Si supieses cuán convencido estoy de esta verdad desde lo que hemos sufrido ! Si supieras lo que yo padecía por no poderte dar lo que necesitabas !... por verte miserable y rodeada de privaciones !...

*Mad. de Ferrières.* Pero....

*Ferrières.* (Con menos acaloramiento.) Ah !... entonces me perdonarias el haberme entregado á las vanidades del mundo con demasiado ardor, luego que he visto abiertas de nuevo para mí sus doradas puertas; te convencerias de que esta vida agitada no puede menoscabar en manera alguna el amor que te tengo, y que si deseo riquezas, es mas que todo, porque con ellas podré proporcionarte cuanto necesites, porque con ellas sereis felices tú y mi hijo.

*Mad. de Ferrières.* Luego mis quejas son injustas ?... Luego me amas siempre ?

*Ferrières.* Siempre !... Como á la compañera de mis desgracias.

*Mad. de Ferrières.* Perdona entonces mis reconvenciones, querido amigo. Desde hoy viviré tranquila y aprobaré cuanto tu hagas. Temia tambien que nuestros gastos escediesen á nuestros medios: tú tienes un corazon demasiado generoso, y eso tal vez podria perjudicar á tus intereses.

*Ferrières.* (Algo turbado.) No tienes que temer... no... no... descuida en mi prudencia.

*Mad. de Ferrières.* Oigo ruido... si no me engaño, es la voz de M. Dumesnil.

*Ferrières.* Siempre entra alborotando.... Se va volviendo insufrible con sus eternos encomios sobre su buena suerte y sus adelantos industriales..... Hasta he llegado á creer que habla á veces con ironia....

*Mad. de Ferrières.* Oh !... Dumesnil es incapaz de ofender á nadie.

## ESCENA IV.

*Dichos.* DUMESNIL.

*Dumesnil.* Pues.... eso es... No decia yo!... está fuera de casa.

*Ferrières.* Quién?

*Dumesnil.* Toma!.... quién ha de ser? Vuestro hijo.... no ha llegado como quien dice, y ya tenemos una calaverada.

*Mad. de Ferrières.* Pues qué es lo que pasa?

*Dumesnil.* Qué pasa?... Oh!... Vale mas que os lo diga, porque tal vez aun sea tiempo.

*Mad. de Ferrières.* Acabad.

*Dumesnil.* Pues señor... Vuestro hijo tiene un desafío hoy á las doce en el bosque de Bolonia.

*Mad. de Ferrières.* Cielos!

*Ferrières.* Un desafío!...

*Dumesnil.* Lo he sabido por Darmincourt.

*Mad. de Ferrières.* Y dónde está?

*Dumesnil.* Quién diantres sabe? Ahora mismo vengo de su cuarto. Lo que me ha tranquilizado algo es que aun tiene las pistolas sobre la mesa.

*Mad. de Ferrières.* Oh! Dios hará que todavía no haya salido... Corro á buscarle.

*Dumesnil.* Eso es. Instalaos en su cuarto, y en cuanto le veamos dentro no le dejaremos marchar.

*Ferrières.* Y si no volviese? (*Vase Mad. de Ferrières por el foro.*)

*Dumesnil.* Decís bien... Corro á buscar á Darmincourt, para ver si puedo averiguar algo mas... Pero hombre!... quién lo diria... un muchacho tan sentado...

*Ferrières.* Y no habeis indagado el origen de esa disputa?... Con quién es el desafío?

*Dumesnil.* No sé una palabra. He echado á correr en cuanto oí que era cosa seria, para evitar si podia una desgracia... Oh!... pero yo lo averiguaré todo... Al punto vuelvo.

## ESCENA V.

M. DE FERRIÉRES *solo.*

Un desafío... mi hijo!... Dios mio!... Es preciso que yo le vea. (*Se detiene de repente.*) Pero dónde voy!.. Qué significa este temor?... Tiene un desafío... es verdad... y ¿quién no se ha encontrado en iguales lances!... quién sufre impunemente un insulto? No me he batido yo también?... Ah! honor, honor! (*Se pasa rápidamente la mano por los ojos y continúa muy animado.*) Pero... no es posible! Jorge!.. mi hijo!... batirse!... Y si pereciese en el duelo! Ah! no, no. Jorge!

## ESCENA VI.

*Dicho.* JORGE.

*Jorge.* Aquí estoy, padre mio.

*Ferriéres.* Ah! hijo mio... eres tú! te vuelvo á ver...

Ah! nunca es mayor el cariño de un padre á su hijo que cuando le creía perdido y le vuelve á ver... Jorge!... estáte así... en mis brazos...

*Jorge.* Padre mio, venia á buscaros.

*Ferriéres.* Me buscabas!

*Jorge.* Sí, tenia que haceros una pregunta; no he podido veros esta mañana, y el tiempo urge... no es mas que una palabra.

*Ferriéres.* Pero no esperes que te deje marchar tan pronto, Jorge; tengo que hablarte. Sentémonos.

*Jorge.* Perdonad, padre mio... Me estan esperando.

*Ferriéres.* Lo sé.

*Jorge.* Sí, son unos antiguos amigos.

*Ferriéres.* Y tú llamas á eso amigos!...

*Jorge.* Me han convidado á almorzar, y...

*Ferriéres.* En el bosque de Bolonia?... Aun tienes tiempo... son poco mas de las diez, y ese almuerzo no debe servirse hasta las doce.

*Jorge.* Sí... pero algunos negocios urgentes me obligan...

*Ferriéres.* Jorge, me engañas; vas á batirte.

*Jorge.* Lo sabiais!

*Ferrières.* Y lo estorbaré.

*Jorge.* Imposible.

*Ferrières.* Soy tu padre y lo mando.

*Jorge.* No ignorais el cariño y el respeto que os profesó, que siempre os he mirado como un modelo y os he escuchado como un oráculo, pero he sido insultado, padre mio, y jamas me habeis prescripto que sufra con paciéncia una afrenta.

*Ferrières.* Pero, por qué ha sido?

*Jorge.* Venia á hablaros; porque en este lance lo de menos es el desafío.

*Ferrières.* Luego es tan grave el insulto?

*Jorge.* Como que se trata de vos, padre mio.

*Ferrières.* De mí!

*Jorge.* Y os conozeo demasiado para estar cierto de que vuestra indignacion será por lo menos igual á la mia.

*Ferrières.* Explícate!... Qué es lo que ha pasado?

*Jorge.* Victor Dolban ha osado proferir delante de mí algunas palabras ofensivas acerca de vuestras riquezas, y de los rápidos medios con que las habeis adquirido.

*Ferrières.* Insolente!... ha sido tanta su audacia!

*Jorge.* Oh!... yo sabré castigarle. Pero habia gente delante... tal vez antes de ahora haya divulgado sus infames sospechas, y tan vil acusacion no se destruye radicalmente por la suerte de las armas... Acabo de llegar, y no tengo la menor noticia sobre vuestros asuntos; por eso me dirijo á vos, porque importa mucho que os digneis instruirme de ellos en pocas palabras, para que pueda volver con la frente erguida á donde me espera mi insolente agresor y los que le acompañan.

*Ferrières.* Jorge... tú te acaloras con demasiada facilidad.

*Jorge.* Pues qué!... Queríais que escuchase sin conmoverme que sospechaban de vos.

*Ferrières.* Eres aun demasiado jóven para terminar del modo que lo requiere un asunto de tal gravedad; sosiégate, y déjame á mí ese cuidado.

*Jorge.* Perdonad, padre mio. Sus odiosas sospechas recaian sobre vos; pero el insulto fue á mí. Es preciso

que me dé una satisfaccion. Mi modo de obrar en este lance va á decidir de mi opinion pública en lo venidero, va á decidir de mi caracter y valor en el concepto de los hombres; todo pende de esta ocasion, padre mio; vos lo sabeis tan bien como yo, y por lo mismo no me detendreis.

*Ferriéres. (Aparte.)* Dice bien... qué haré?

*Jorge.* Enteradme de lo que debo decirles; dadme una respuesta clara y satisfactoria que contenga en lo sucesivo las lenguas maldicientes, y yo me encargo de lo demas.

*Ferriéres. (Cogiéndole la mano.)* Eso es mucho exigir, Jorge. Escucha; tu madre, la amiga, la compañera de mi vida, sale en este momento de esta estancia; tambien venia como tú á pedirme esplicaciones sobre ese punto... y...

*Jorge. (Con ansiedad.)* Y?...

*Ferriéres.* Nada la he respondido, porque á nadie debo cuenta de mis acciones.

*Jorge.* Qué oigo!... Mi madre ignora por qué medios habeis adquirido vuestras riquezas... Oh! eso no es posible!... Sin duda os chanceais, padre mio... Advertid que este asunto es grave. De todas las máximas que he aprendido de vos, hay una que acaso mas que todas ellas llevo grabada en mi corazon, y es; que debemos apreciar en mas una buena reputacion que la misma vida y que todos los bienes que pudiéramos apetecer. Ardo en deseos de distinguirme, de emprender una carrera brillante, de merecer la estimacion pública... ; Y no quereis que me aflija al oiros!... Cada minuto es un tormento!... Respondedme, padre mio!... Quiero hacerles ver que el nombre que llevo es acreedor á su respeto y veneracion!...

*Ferriéres. (Contemplándole con ternura.)* Qué no debo esperar de un jóven como él!

*Jorge.* Ah!... lo conozco... vuestro silencio era una prueba... Hablad, padre, hablad!... ¿No es verdad que mis esperanzas no me engañan?

*Ferriéres. (Aparte.)* Qué le diré?...

*Jorge.* Callais!... os turbais!... Ah! Dios mio!... Será verdad que hay algo de equívoco y oscuro en el modo de adquirir estas riquezas?

*Ferriéres.* Jorge!...

*Jorge.* Oh! Señor, os suplico por todo lo mas querido y sagrado, que destruyais esas dudas que se han suscitado acerca de vos, que aclareis el cambio de vuestra situacion?

*Ferriéres.* Sospechas tú de mí?

*Jorge.* Yo, Dios mio!... Sospechar de mi padre... no, no... Pero tal vez no habeis pensado detenidamente que todos los hombres se deben una cuenta recíproca de su conducta, que no basta que esta sea irreprochable, sino que es necesario ademas que el mundo la juzgue así.

*Ferriéres.* Y sois vos, por ventura, el que me ha de dar lecciones á mí?

*Jorge.* Perdonad, padre mio... vuestro corazon debe comprenderme, y mi obstinacion es tan justa...

*Ferriéres.* ( *Con mas dulzura.* ) Sí... todo lo conozco, Jorge, todo!... Tú eres á mis ojos el mejor y el mas noble de los hombres! Ah!... un hijo como tú merece ser dichoso!... Escúchame, aun te queda una hora.

*Jorge.* Hablad.

*Ferriéres.* ( *Aparte.* ) Es el único medio... ( *Alto.* ) A pesar de que no necesitaba dar cuenta de mi conducta á nadie, quedarás satisfecho y el mundo tambien.

*Jorge.* Ah! El cielo os lo pague, señor. Vos no sabeis lo que he sufrido desde esta mañana.

*Ferriéres.* Media hora te basta para acudir á la cita... espérame aqui algunos instantes.

*Jorge.* Pero no tardareis?

*Ferriéres.* En breve quedarán desvanecidas todas las dudas.

*Jorge.* Me proporcionareis modo de convencer al mundo?

*Ferriéres.* Te juro que nadie osará sospechar de mí en adelante... Quédate aqui; yo vuelvo.

*Jorge.* Pero pronto.

*Ferriéres.* En el acto.

*Jorge.* Si llegase la hora sin que hubiéseis vuelto, acudiré á la cita.

*Ferriéres.* No temas, antes estaré aqui. ( *Vase por el foro.* )



## ESCENA VII.

JORGE solo.

Por fin, va á esplicarse... ah!... ya era tiempo... No sé que involuntario terror se habia apoderado de mí. Seria posible que estas riquezas?... Por qué vacilaba mi padre?... Tiemblo solo al pensar... Bajo un gobierno que se vale de espías é intrigantes... Ah! alejemos de mi corazon tan odiosa sospecha... Cuán dichoso era ayer á mi llegada!... Creia ver realizados mis ensueños de gloria... Elisa!... entonces te creia sencilla y candorosa... Creia que cifrabas tu felicidad en mi cariño... Me amas, sí, pero á tu modo; no era asi como yo me habia figurado el amor... Mi madre continúa triste y taciturna, y mi padre!... mi padre!... no vuelve... Ah! ya está aqui... no... es María. (*Se sienta y deja caer la cabeza en sus manos. Abrese la puerta del foro y Jorge se levanta.*)

## ESCENA VIII.

JORGE. MARIA.

*Maria.* Sí, Jorge; yo soy, yo, que he sabido que érais desgraciado y vengo á llorar con vos.

*Jorge.* (*Esforzándose para parecer risueño.*) Pobre María!...

*Maria.* Oh! no disimuleis delante de mí... Todo lo sabia Jorge... pero no temais.

*Jorge.* (*Sorprendido.*) Qué?... María, estais demudada! de dónde venis?... dónde está mi padre?

*Maria.* Estaba ahí!... le he oido que decia: «Hijo mio... hijo mio... va á aborrecerme!»

*Jorge.* Eso decia. (*Aterrado.*)

*Maria.* Sus palabras me han decidido á venir aqui, porque soy vuestra amiga y quiero partir con vos vuestras penas.

*Jorge.* Pero qué es lo que pasa?... por qué me lo ocultais?... Vos lo sabeis, segun decis!... Ah! contádmelo todo.

*Maria.* (*Aparte.*) Cielos, lo ignoraba!... Qué es lo que he hecho.

*Jorge.* Hablaeis, *Maria*. Cuál es esa desgracia que ignoro, y de la cual teneis vos noticia?

*Maria.* Desgracia!... Yo no he dicho eso.

*Jorge.* Conozco que estais iniciada en algun secreto que me interesa, y no me separaré de vos hasta que me le hayais revelado.

*Maria.* Oh!... no deis crédito á mis palabras; las mugeres nos alarmamos por la menor cosa.

*Jorge.* (*Cogiéndola la mano y mirándola con atencion.*) *Maria*, hasta este momento no habia advertido las huellas que el dolor ha dejado impresas en vuestro semblante.... Debeis sufrir mucho!.. Decidme, qué es lo que ha pasado en estos dos años.

*Maria.* Ah! nada.... Soy desgraciada, es verdad; pero al menos quiero serlo sola.

*Jorge.* Luego ya no soy vuestro amigo? Ayer estaba ciego de alegría, y tal vez me tildásteis de ingrato; el gozo me hizo olvidaros casi, y en este momento conozco que mi corazon necesita aquella dulce amistad que antes nos profesábamos.... Solo vos no habeis cambiado... y si la desgracia descargase sobre mí su terrible mano, solo á vos iria á pedir consuelo.

*Maria.* Ah!... *Jorge!*... Cielos, *Elisa!*...

## ESCENA IX.

*Dichos.* MADAMA FERRIÉRES y ELISA.

*Mad. de Ferriéres.* (*Sale por el foro.*) Bendito seas, Dios mio!... todavia está aquí.

*Elisa.* *Maria*, detenle!... va á batirse.

*Maria.* (*Asustada.*) A batirse!...

*Mad. de Ferriéres.* Olvida que tiene madre....

*Elisa.* Oh!... no le dejaremos salir.

*Jorge.* (*Haciendo esfuerzos para sonreirse.*) Quién os ha dicho eso? A qué viene ese miedo? Os han engañado, madre mia. (*Ap.*) Y mi padre no vuelve!...

*Elisa.* Todo lo sé; con que no os hagais el desentendido.... Vais á batiros con Dolban por vuestro padre.

*Maria.* Por su padre?

*Jorge.* Ya veis, que aun suponiendo que eso fuese cierto, no debía vacilar.

*Mad. de Ferrières.* Nosotras te detendremos.

*Jorge.* Madre querida, vuestro poder tiene límites, si bien mi cariño hácia vos no los conoce; ciertamente no querreis la deshonra de vuestro hijo, y mucho menos que consienta que deshonren á su padre.

*Maria.* (De pronto.) Qué oigo!... es por el honor de vuestro padre, por lo que vais á batiros?

*Jorge.* Hay acaso otro deber mas sagrado en el mundo?

*Maria.* Ah!.. señora!... no permitais que salga de aquí. (Corre á la puerta y llama.) M. de Ferrières! (Vuelve al proscenio.) Es preciso que venga, que os estorbe ir á ese desafío!.. No puede ni debe dejaros marchar.

*Mad. de Ferrières.* Es en vano que le llames, Maria; ha salido.

*Jorge.* Ha salido!... mi padre!..

*Elisa.* Sí, á caballo.

*Jorge.* Qué oigo!.. Ah! corramos.

*Maria.* (Deteniéndole.) Ha salido.... y sabe que es por él... por su honor, por lo que ibais á batiros... Jorge!.. Jorge!.. No ireis á ese duelo; consentiré en deciroslo todo, antes que permitir que espongaís vuestra vida.

*Mad. de Ferrières.* Qué decís?

*Jorge.* Maria, explicaos.

*Maria.* Dolban ha osado suscitar sospechas sobre el honor de vuestro padre... pues sabed...

## ESCENA X.

*Dichos.* M. DE FERRIÉRES y DARMINCOURT.

*Ferrières.* (Que ha oido las últimas palabras.) Que ya no volverá á suscitarlas.

*Jorge.* Mi padre!.. Ah!.. no en vano aguardaba yo que volveriais.

*Maria.* (Con energia, y yendo hácia Ferrières.) Sabed que quiere batirse por vos, por vuestra causa, por el lustre de vuestro nombre.

*Ferrières.* Tiene razon... jamás debe sufrirse un insulto.

*Jorge.* Marehemos, padre mio.

*Ferrières.* Ya no es necesario.

*Jorge.* Le habeis convencido?

*Ferrières.* Le he muerto.

*Todos.* Ah!..

*Jorge.* Muerto!...

*Darmincourt.* Como caballero, Jorge.... Dolban antes de espirar ha retractado sus injuriosas palabras delante de todos.

*Jorge.* (Taciturno.) Sin mas explicacion...

*Ferrières.* Y no es esa bastante para hacer callar?..

*Jorge.* Es posible!.. ni una palabra!... (Aparte.)

## ESCENA XI.

*Dichos.* DUMESNIL.

*Dumesnil.* Bravísimo, vecino... eso sí que es... arriesgar la vida por su hijo... Bien... muy bien, acaban de contármelo... Corazon de leon, y cariño de padre!.. Oh!.. es un rasgo que meterá ruido.

*Ferrières.* Basta, amigo mio, basta.

*Jorge.* (En voz baja á su padre.) Y no he de saber mas?

*Ferrières.* (Idem.) Nada mas.

*Jorge.* Entonces todo se acabó. (Alto y pasando al lado de madama de Ferrières.) La memoria de lo que os debo quedará grabada para siempre en mi corazon, pero despues de este lance no debo continuar en Paris por mas tiempo.... (Admiracion general.) Adios, Elisa... desde este momento sois libre.

*Dumesnil.* Libre!..

*Jorge.* Adios, madre mia, quizás no nos volveremos á ver nunca. (Se arroja en sus brazos.)

*Mad. de Ferrières.* Qué dices!

*Ferrières.* Jorge!

*Dumesnil.* Calla!... Ahora os quereis marchar.... pero hombre...

*Jorge.* Es preciso.

*Dumesnil.* Pues me gusta la idea!... Qué maldito afan os ha entrado de correr tierras?.. Volved los ojos á vuestra madre... á Elisa... no veis como lloran.... y Maria... qué veo!... te pones mala?

*Maria.* No es nada. (*Apoyándose en el respaldo de una silla.*) Nada!.. Dios mio!.. dadme fuerzas para no deseubirme. (*Aparte.*)

*Dumesnil.* Ya lo veis, Jorge, vüestra resolucion nos allije á todos; separarse de vuestro padre que tanto os ama, que acaba de probároslo esponiendo su vida, abandonar á vuestra pobre madre, seria merecer el nombre de ingrato.

*Ferrières.* Jorge!.. Jorge!.. (*Estrechando la mano á su hijo.*) qué dirá el mundo!..

*Jorge.* Padre!..

*Mad. de Ferrières.* Y tu madre no es ya nada para tí?

*Ferrières.* Vamos, no hablemos mas de ello; es una niñada. Jorge dará oidos á la razon, y no se separará de nosotros.

*Dumesnil.* Pues ya se ve... Amiguito, en el siglo en que vivimos hay que ser mas positivo. Estoy empeñado en que seais industrial.... Vereis como ajustando cuentas, y arreglando fábricas se os calma la sangre.

*Ferrières.* Entremos en tu cuarto, amiga mia, y olvidemos tan desagradables sucesos.

*Maria.* (*Aparte.*) Pobre Jorge! Quiera Dios que siempre lo ignore.

*Jorge.* (*Idem.*) Oh!.. es preciso que mi padre se esplique.



---

---

## ACTO TERCERO.

---

El teatro representa un salon de baile abierto en el fondo.

### ESCENA PRIMERA.

DUMESNIL y FERRIÉRES jugando á la derecha. MARIA. ELISA y DARMINCOURT bailando. Varios jugadores en otra mesa á la izquierda. Bailarines de ambos sexos al foro.

(Al levantarse el telon estarán bailando en el foro. En el teatro habrá dispuestas varias mesas de juego: dos de ellas estarán ocupadas por jugadores que se relevan en la de la derecha: en una mesa cerca del proscenio juegan Dumesnil y Ferriéres. Elisa, Darmincourt y Maria bailan en la tanda. Maria dirige de cuando en cuando miradas inquietas hácia donde está su padre.)

Dumesnil. (Muy contento.) Qué tal, vecino!... parece que la suerte no os trata muy bien... Oh!.. tencis que apretar los puños si queréis ganarme... já! já! já! (Rie.) Con que van los veinte y cinco luises?

Ferriéres. Vayan en buen hora! Qué suerte! (Aparte.)

Dumesnil. Oh! amigo... yo soy afortunado en todo.... Ya se vé, para todas las cosas se necesita un poquito de maña y habilidad... já!.. já!.. já!

Ferriéres. (Con ironia.) De veras?..

Dumesnil. Sí por cierto... así es que en Francia no hay mas que tener alguna habilidad para ser protegido por el gobierno, y basta que uno haya hecho caudal aunque sea vendiendo fósforos ó pastelillos, para que pueda aspirar á los destinos mas elevados y lucrativos. Y es muy justo.

Ferriéres. Sí, decís bien... en esta época el dinero todo lo suple... talento, mérito, probidad.

Dumesnil. Eh!.. otra partida.

*Ferrières.* Estais de suerte.

*Dumesnil.* Vaya, arriesgais el billete de mil francos?

*Ferrières.* Como gustéis. (*El baile ha cesado. Darmincourt y Elisa se encaminan hácia el proscenio. Maria vuelve tambien con su pareja y se dirige hácia el centro de la escena. Elisa se sienta á la izquierda y Darmincourt se queda en pie á su lado.*)

*Maria.* (*A Dumesnil.*) Habeis perdido mucho?...

*Dumesnil.* Sí, ya baja!... Soy yo perro viejo para esto de juegos. Perder! Eso se queda para el señor de Ferrières... El arruinarse es de grandes.

*Maria.* (*Asombrada. Aparte.*) Qué oigo! Le gana.

*Dumesnil.* A propósito he oido decir que los grandes de antaño entrampaban jugando.

*Ferrières.* Señor Dumesnil!...

*Darmincourt.* Oh! Es positivo. Las memorias del caballero Grammont lo traen.

*Dumesnil.* Pues muy tontos debian de ser sus contrarios para no advertirlo.

*Darmincourt.* Ni mas ni menos, dice Grammont y hace reir á la posteridad, á espensas de los pobres á quienes él estafó.... Pero donde está Jorge? Aun no ha parecido por el baile.

*Dumesnil.* (*A Ferrières mientras juega.*) Sabeis que ese muchacho me va poniendo en cuidado?... Tengo mis miedos de que traiga algún enredillo... Siempre está taciturno y de un humor... asi... tan...

*Maria.* Pobre Jorge! (*Aparte.*)

*Darmincourt.* (*A Elisa.*) En qué pensais?... Causa por ventura esa tristeza el ingrato que renuncia á vuestra mano?

*Elisa.* No sé que es lo que ha podido motivar que Jorge tome esa resolucion; sin duda ha formado otro proyecto; pero me habló á su llegada con tanto interés, con tanto cariño!...

*Maria.* Todavía gana. (*De pie enmedio de la escena y examinando tan pronto á su padre, tan pronto á Elisa y Darmincourt.*)

*Darmincourt.* Y es posible que os ame!...

*Dumesnil.* Pues señor, vuestro hijo (*A Ferrières.*) no viene sin duda al baile.

*Ferrières.* Le he dejado libertad plena... Su estancia en

Paris hará variar algun tanto sus ideas y calmará su entusiasmo juvenil... Otra vez!... Vive Dios que estoy desgraciado esta noche.

*Dumesnil.* Ja! ja! ja!... Bien, amigo mio, os portais!...

*Ferrières.* (*Aparte.*) Maldecida estrella; parece que la fortuna se empeña en perseguirme!...

*Dumesnil.* Vamos vecino, os dais por vencido?... Ya veis que no podeis compararos conmigo: juego mucho mas que vos... Ja, ja, ja! Ea, van los cien luses?

*Ferrières.* Bueno... (*Aparte.*) La fatalidad lo quiere.

*Maria.* (*Aparte mirando á Elisa.*) Y hace caso de otro hombre! Ah!... aqui viene Jorge.

## ESCENA II.

*Dichos.* JORGE.

*Jorge.* (*Viene por la puerta de la derecha del actor.*)

Ya ha empezado el baile! No crei que era tan tarde, pero aun lleigo á tiempo segun veo. Elisa, espero que me concedreis el primer rigodon.

*Elisa.* Estoy ya comprometida... ademas no le mereceis por vuestra tardanza.

*Jorge.* He delinquido, lo confieso. Todo se ha juntado hoy para traerme á la memoria tristes pensamientos, pero mañana desaparecerán; mi padre me lo ha prometido, y la alegria ha vuelto á renacer en mi corazon. Ya veis que os amo pues creo en la felicidad.

(*Un caballero se acerca á Elisa.*)

*Elisa.* Ha empezado la galop y tengo que dejaros.

*Dumesnil.* (*Que empieza á perder.*) Voy doble.

*Jorge.* (*En medio del proscenio.*) Una palabra, caballero Darmincourt.

*Darmincourt.* Qué quereis?... (*Maria se coloca detras de la silla de su padre.*)

*Jorge.* He advertido que frecuentais mucho esta casa, y sospecho que os llama en ella la atencion alguna persona; decidme francamente, ¿es Elisa?

*Darmincourt.* Os contestaré con la franqueza que me pedís: amo á Elisa, ella no lo ignora, pero el compromiso que existe entre esa jóven y vos es sagrado para mí; por lo mismo pensaba retirarme tan luego



como hubiese visto que debía tener efecto vuestro enlace. De repente habeis tomado el partido de romper el empeño que habiais contraído, y este acontecimiento ha hecho renacer mis esperanzas. Ahora soy yo, amigo mio, el que os suplica que me habléis con claridad, y si renunciáis á la mano de Elisa no llevareis á mal que yo haga valer mis derechos.

*Jorge.* Vuestros derechos!

*Dumesnil.* (En la mesa y perdiendo siempre.) Voy doble otra vez; quiero ver si me desquito.

*Ferrières.* Como gustéis. (Pocos momentos antes de la salida de Elisa se oirá una galop en el fondo. Los bailarines atraviesan la galeria durante la música.)

*Darmincourt.* Mis derechos consisten en un buen patrimonio, en la conformidad de gustos... En fin, en todas aquellas cosas que deciden por lo regular un casamiento.

*Jorge.* Pero Elisa no aceptará.

*Darmincourt.* Y por qué no? Elisa es razonable, tiene ideas bastante exactas y positivas; sin duda que os prefiere, pero si se presentase algun obstáculo á vuestra union, aceptaria mis obsequios.

*Jorge.* Y teneis motivos para creerlo asi?... Os lo ha dicho por ventura?

*Darmincourt.* Sí por cierto, y no veo que haya en esto nada que pueda ofenderos. Antes bien yo soy el que debía quejarse, y sin embargo ya veis que no me quejo.

*Jorge.* (Aparte.) Y á eso llama ella amor!...

*Dumarsay.* (Sale por la galeria y se dirige á Darmincourt.) Darmincourt, tu pareja te está aguardando.)

*Darmincourt.* Tienes razon.... Lo habia olvidado. Vos teneis la culpa, Jorge.... Espero que nada de lo que he dicho os habrá causado el menor disgusto.

*Jorge.* Sin duda que no... al contrario, estoy muy contento de saber á que atenerme.

*Darmincourt.* (Saliendo.) Cuidado que el hombre es original... Bien se conoce que viene del nuevo mundo.

## ESCENA III.

DUMESNIL Y FERRIÉRES *jugando*. MARIA *detras de la silla de su padre inquieta y desasosegada*. JORGE *á la izquierda del teatro*. *La música ha cesado y las parejas se han perdido de vista.*

Maria. (*En voz baja*.) Ya basta, padre mio.

Dumesnil. Quieres dejarme en paz?

Jorge. (*Consigo mismo*.) Elisa!... la ilusion de toda mi vida, el objeto de un amor ideal, por el cual lo hubiera sacrificado todo... Oh! y queria yo depositar en ella este amor puro y acendrado que arde en mi corazon, cuando ni aun de comprenderle es capaz!... Bellos ensueños de mi juventud, con que habré de renunciar á la ventura que me prometiais? (*Vuelve la vista hácia Maria, cuyo rostro demuestra su inquietud*.) Hé ahí la otra!... la candorosa Maria. Pero qué es lo que tiene?... Con qué terror mira las cartas! Qué engolfados están en el juego! Creo que Dumesnil pierde mucho. Ni ven ni oyen! (*Va á colocarse detras de su padre. Maria continúa detras de Dumesnil*.)

Maria. Pero... padre mio, vamos...

Jorge. (*Aparte, mirando barajar á su padre*.) Qué veo!

Dumesnil. Juego bajo palabra.

Jorge. (*Consigo mismo*.) Me engaño,.. no... no... no puede ser.

Maria. (*A su padre*.) Dejadlo ya.

Jorge. (*Consigo mismo*.) Oh! Es error sin duda... habré mirado mal... (*Vuelve á mirar como baraja su padre*. Ah! todo lo que Darmincourt nos enseñó!... (*A este tiempo se encuentran sus miradas con las de Maria*.)

Maria. Pues bien, sí... (*Con voz ahogada y como contestando á las preguntas que Jorge la dirige con los ojos*.)

Ferriéres. Vos aquí, Jorge! (*Enterado por el ademán de Maria de que Jorge está detras*.) ¿qué haceis?

Dumesnil. Por última vez voy doble.

*Jorge.* (Arrojándose sobre un sillón de la izquierda.)  
Dios mio!

*Ferrières.* (Levantándose.) Ya basta.

*Dumesnil.* No, no... quiero mi desquite.

*Maria.* En nombre del cielo, padre mio, no jugueis mas.

*Dumesnil.* Quieres callar?

*Maria.* Si supierais...

*Dumesnil.* (Parándose admirado.) El qué?

*Ferrières.* (Receloso.) Y bien?

*Jorge.* (Levantándose precipitadamente.) Ah!

*Maria.* (Recohrándose al ver el movimiento de Jorge.)

Nada, nada.... que ya es demasiado jugar, padre mio.

*Dumesnil.* (Volviendo á coger las cartas.) Vete á bailar y déjanos en paz. Vamos, vecino, otro partido (A Ferrières), y no mas.

*Ferrières.* Si no hay otro recurso... (Jorge ha vuelto á sentarse en el sillón y se cubre el rostro con las manos.)

*Dumesnil.* Si... sí; quiero perderlo todo, ó desquitarme. (Juegan con calor. Se supone terminado el baile en los salones restantes, y los bailarines van llegando á la esena.)

#### ESCENA IV.

DUMESNIL. JORGE. FERRIÈRES. MARIA. DARMINCOURT. ELISA.  
MADAMA DE FERRIÈRES. BAILARINES DE AMBOS SEXOS.

*Darmineourt en el foro acompañando á Elisa y á Madama de Ferrières.* Ha estado brillante.

*Elisa.* No ha habido otro baile tan concurrido en todo el invierno.

*Dumesnil.* Tambien este!... soy perdido! Oh!... qué es lo que he hecho. (Levantándose. Ferrières se levanta tambien.)

*Mad. de Ferrières.* Mucho me alegro de que esteis satisfechos de la funcion... Aqui se ha jugado, segun parece? Y tú, Jorge, no has bailado?

*Jorge.* (Con estrañeza.) Bailar!... yo!...

*Elisa.* No parece sino que la pregunta es tan estraña.

*Jorge.* (Aparte.) Ah!.. disimulemos.

*Mad. de Ferrières.* El baile continuará despues. Pásemos al ambigú...

*Dumesnil.* (*En voz baja á Ferrières.*) Mañana os satisfaré.

*Ferrières.* (*Idem.*) No corre priesa.

*Dumesnil.* Las deudas de juego son sagradas. Y mis obligaciones, Dios mio! (*Ap.*)

*Jorge.* (*Bajo á Maria.*) Pierde mucho?

*Maria.* (*Bajo á Jorge.*) Una cantidad exorbitante, y mañana tiene que hacer varios pagos.

*Jorge.* (*Estrechándole la mano.*) Maria... silencio!

*Maria.* (*A Dumesnil.*) Venid, padre mio.... vuestra hija os consolará.

*Mad. de Ferrières.* (*Se dirige hácia fuera donde se supone estar servido el ambigú.*) Vamos, señores.

*Jorge.* (*Aparte.*) No hay otro recurso... (*Todos siguen á Madama de Ferrières. Jorge detiene á su padre.*) Deteneos un instante; necesito hablaros sin testigos.

## ESCENA V.

FERRIÉRES. JORGE.

*Ferrières.* Qué quieres?

*Jorge.* (*Aparte.*) Cómo decírselo!

*Ferrières.* Estás trémulo, hijo mio!... Qué tienes?

*Jorge.* (*Mirando á todos lados.*) Nos podrá oír alguno?

*Ferrières.* A qué vienen esas precauciones?

*Jorge.* (*Muy conmovido.*) Con que ha perdido tanto Dumesnil?

*Ferrières.* Le ha perseguido la suerte.

*Jorge.* (*Armándose de valor.*) Le volveréis ese dinero?

*Ferrières.* Qué dices?

*Jorge.* Se le volveréis: no es verdad?

*Ferrières.* Tú has perdido el juicio.

*Jorge.* Oh!... no lo admitais, padre mio!... Mirad que necesita ese dinero... mañana se verá precisado á faltar sino á su firma, y eso comprometeria su reputacion!... Dumesnil es negociante; devolvedle ese dinero... es todo lo que os pido.

*Ferrières.* (*Mirándole con sorpresa.*) No te comprendo; por qué razon?...

*Jorge.* Sí , es mi deber. (*Ap.*) Es preciso que renunciéis (*Alto*) á todo lo que habeis ganado á Dumesnil; es preciso , absolutamente.

*Ferriéres.* Cuanto mas te escucho , mas me sorprendo...

Jorge , has perdido el sentido? Esa palidez , esos movimientos convulsivos... qué es lo que te pasa?..

*Jorge.* Que soy muy desgraciado!

*Ferriéres.* (*Con interes.*) Tienes alguna pena ?

*Jorge.* Mayor de lo que vos os podeis figurar.

*Ferriéres.* Tu tristeza me aflige... Habla , Jorge!... Qué significa ese tono desesperado!

*Jorge.* Oh!... no puedo.

*Ferriéres.* Soy yo el que te lo suplica... yo , tu padre. (*Acercándose con ternura.*)

*Jorge.* (*Haciéndose atrás.*) Mi padre!

*Ferriéres.* Me rechazas , hijo mio.

*Jorge.* Oh!.. gran Dios!.. piedad!.. piedad!..

*Ferriéres.* Siempre te he amado con delirio , ¿no es verdad , hijo mio? No es verdad que he sido siempre para tí un buen padre?

*Jorge.* (*Con amargura.*) Oh!.. sí!.. jamas olvidaré los dias de mi infancia.

*Ferriéres.* Yo mismo te he educado.

*Jorge.* Jamas olvidaré las sabias lecciones que me disteis en nuestra pobre casa de campo... «Hijo mio , me decíais; sea cual fuere la posicion que la suerte te depare , no olvides que nunca te faltarán consuelos si conservas una conciencia tranquila.» Esto es lo que me decíais entonces , padre mio... y ahora...

*Ferriéres.* Cuántas veces me echaba en cara la miseria en que os habia sumido á tí y á tu pobre madre... Cuán crueles remordimientos me despedazaban al pensar que habia disipado locamente tu herencia... al contemplar nuestra situacion , al reparar en aquella continúa privacion de todo... Oh!... bien he padecido!

*Jorge.* Me quejé yo entonces?... Os eché en cara nuestra desgracia , nuestra pobreza?... No os quise siempre?... no os obedecí ciegamente?... Ah! solo una gracia os pido.

*Ferriéres.* Habla , hijo mio.

*Jorge.* Dumesnil...

*Ferrières. (Disgustado.)* Volvemos á lo mismo.

*Jorge.* Os acordais de lo que me decíais cuando éramo pobres?... «El único bien que nos resta, hijo mio es el honor.»

*Ferrières.* No hay duda; pero euán desgraciados n seríamos sin el aspecto favorable que han tomad nuestros asuntos de poco tiempo á esta parte?

*Jorge.* Y ese aspecto favorable, qué le ha motivado

*Ferrières. (Interrumpiéndole.)* Jamas hubieras podid aspirar á la mano de la que amas; hubieras encon trado obstáculos insuperables para emprender cual quier carrera, y dificultades sin cuento para ejercer cualquier profesion, porque no tenias recursos... Ah no sabes lo humillante que es la pobreza en un siglo como el nuestro, en el cual se dispensan miramien tos y respetos en proporcion al dinero que cada uno posee... en el cual se escarnece la virtud, se menos precia el mérito y se desconoce el talento, si el oro ó la intriga no les franquean de antemano la senda de la felicidad... Con el dinero todo se consigue; sin él nada.

*Jorge. (Aparte.)* No necesito saber mas. *(Alto.)* Puen bien, yo he hecho mi eleccion: indigencia y probidad.

*Ferrières.* Indigencia!... Cuando conoces los sufrimien tos y privaciones que acarrea!... Hay acaso nada peor en el mundo?

*Jorge. (Con energía.)* Si, la deshonra.

*Ferrières. (Aparte.)* Cielos! Si sospechará. *(Alto.)* Qué quieres decir?...

*Jorge.* Que no hay desdicha comparable á la mia señor.

*Ferrières. (Con asombro y temor al mismo tiempo, tiende la mano á su hijo, que la coge maquinalmente casi fuera de sí.)* Señor!...

*Jorge.* Decid: hay tormento mayor que este?... Un hijo queria, idolatraba á su padre; creia honrarse con el nombre ilustre que le habia transmitido, y este hijo tiene que avergonzarse del nombre que lleva... tiene que rechazar al que aprendió á respetar.

*Ferrières.* Gran Dios!

*Jorge.* Sí señor, porque todo lo sabe.

Ferriéres. Qué sabe?

Jorge. Sabe que ahí, en esa mesa, el padre acaba de arruinar á un antiguo amigo.

Ferriéres. Y si la suerte lo dispuso asi?..

Jorge. No señor, no; le engañaba.

Ferriéres. Lo crees tú?

Jorge. Y esa es mi desgracia.

Ferriéres. Pero... si no fuese asi?..

Jorge. (*Acercándose á la mesa de la derecha.*) Estas cartas...

Ferriéres. Qué tienen?

Jorge. Nada... pero... (*Coge la baraja y ejecuta en silencio lo que hizo Darmincourt en el primer acto; en seguida arroja las cartas sobre la mesa y se sienta en una silla, en la que queda abatido y lloroso. Pausa.*)

Ferriéres. Ah! tú no sabes lo que es la miseria.

Jorge. (*Levantándose.*) Sé lo que es el honor, y no consentiré...

Ferriéres. Quieres perderme?

Jorge. Os he de dejar deshonrarme?

Ferriéres. (*Fuera de sí.*) Silencio, infeliz... No te basta lo que sufro? Has visto á tu padre sonrojarse y temblar delante de tí!... qué mas deseas?... (*Entra de pronto en el cuarto de la izquierda y vuelve á salir con una pistola en la mano.*) Acaba, no te temo... no temo ya nada en el mundo.

Jorge. (*Colocándose delante.*) Yo tampoco temo, y la vida me es odiosa.

Ferriéres. (*Horrorizado.*) Qué dices!... no... es para mí...

Jorge. (*Arrojándose y agarrándole la pistola.*) Padre mio!...

Ferriéres. No lo soy ya.

Jorge. (*Echándose en sus brazos.*) Sí, siempre...

Ferriéres. Horrible suplicio!

Jorge. Todo puede repararse aun... Vuestro hijo os seguirá al asilo que escojais; pero es preciso salir de Paris, es preciso devolver ese dinero... La dicha volverá á renacer entre nosotros... Padre mio, tenedlo por cierto, no vacileis.

Ferriéres. Te figuras que no he pensado nunca en esta

horrible situacion! Ah! la suerte lo ha querido asi...  
*Jorge.* Qué osais decir?..

*Ferrières.* Mi pasion por el juego, esa fatal pasion que me habia arruinado, no estaba aun apagada cuando viviamos en aquel miserable asilo donde tanto hemos padecido. Los deseos de satisfacerla me devoraban en silencio: para encontrar una ocasion tenia que valerme de vagamundos, de hombres perdidos. Sí, Jorge, sí: el conde de Ferrières, yo, tu padre, jugaba con ellos! Me enseñaron secretos terribles!... Sin embargo, entonces no pensaba hacer uso de ellos jamas. Vine un dia á Paris, probé fortuna y gané. Seguí con buena suerte por cierto tiempo, y algunas cantidades de consideracion vinieron á reanimar mis esperanzas... entonces era honrado... pero no, no, la honradez habia desaparecido de mi corazon; pues la sed de oro le ocupaba exclusivamente; la ambicion, la vanidad, el afan de figurar acabaron de precipitarme. Escucha, un dia perdí... tu madre debia venir á vivir en esta casa que habia mandado yo amueblar para ella con la mayor elegancia; una ficcion que supe estender con maña, instruyó á los vecinos de que era rico... en fin, perdí... ¿Habia de ser siempre juguete de la fortuna?... Conocia los tormentos de la miseria; habia visto sufrir á la que amaba; amigos, sociedad; clase, todo habia desaparecido. Estas agudas penas no son nada, comparadas con los tormentos que ha sufrido mi corazon por el juego!... El suplicio del jugador desgraciado es el infierno durante la vida... y yo habia de sufrir siempre los mayores martirios?... No, no, exclamé: no puede ser... es demasiado... Es preciso que no vuelva á perder mas; y no volví á perder mas.

*Jorge.* Ah!..

*Ferrières.* Ya lo ves, Jorge; todo te lo he confiado. Acabo de hablarte como á un amigo.

*Jorge.* Oh, Dios mio!... Dios mio!... Qué horrible maldicion habeis lanzado sobre nosotros!

*Ferrières.* Si... No es verdad que es maldicion del cielo? que es culpa de la suerte? A veces nos sentimos impelidos, arrastrados hácia el abismo á pesar nuestro; no hay poder humano que entonces resista,



y mal nuestro grado... nos precipitamos en él.

*Jorge.* Os engañais... el hombre de bien puede resistirse siempre, puede tambien levantarse si ha llegado á caer.

*Ferriéres.* Hay casos en que no es posible hacerlo: echóse la suerte... ya no hay remedio.

*Jorge.* Entonces no conteis mas con vuestro hijo.

*Ferriéres.* Jorge !..

*Jorge.* Desde este instante me separo de vos para siempre... Pobre madre!.. Haga el cielo que no llegue á saber nunca el motivo de mi ausencia. Iré á buscar á otra parte una existencia que no podria soportar aqui.

*Ferriéres.* Y dónde intentas ir ?

*Jorge.* El oficial ingles con quien he navegado dos años me ofrecia una colocacion, y los medios suficientes para procurarme una honrosa independendia.

*Ferriéres.* Quieres espatriarte ?

*Jorge.* Sí, quiero huir de mi patria, donde tarde ó temprano será mancillado el nombre que llevo.

*Ferriéres.* Ah !..

*Jorge.* Abandono al que aprendí á respetar, el cual ha destruido mi porvenir.

*Ferriéres.* Olvidas que es tu padre.

*Jorge.* Yo no tengo ya padre; le devuelvo el nombre que me ha dado; no soy mas que un huérfano sin asilo, sin nombre, sin bien alguno; pero mi conciencia es pura, me dicta la conducta que debo seguir, y la obedezco.

*Ferriéres.* (*Dejándose caer en un sillón de la izquierda.*) Oir tales palabras de la boca de un hijo querido !... Oh! Dios mio, ya es demasiado cruel tu castigo.

*Jorge.* Pero antes que me marche es preciso que Dumesnil haya recibido esa cantidad.

*Ferriéres.* (*Levantándose de pronto.*) Quién viene?

## ESCENA VI.

*Dichos.* MARIA.

*Maria.* (*Sale por el foro.*) Os buscaba, Jorge... vuestra madre quiere que vayais á su lado.

*Jorge.* Acereaos, Maria.

*Maria.* Oh!.. no... vuestro padre... qué pálido está! (*Ap.*)

*Ferrières.* Qué queréis?

*Maria.* Venia á buscaros.... Madama de Ferrières ha preguntado por vos, y desea que vayais con Jorge á su lado.

*Jorge.* No puedo verla en este momento.

*Ferrières.* Iré yo... qué dirian sino? Serénate, Jorge, aguardame aqui, y no decidas nada hasta que me hayas vuelto á ver. Tu padre te lo suplica. (*Vase.*)

## ESCENA VII.

JORGE. MARIA.

*Jorge.* Maria, qué hace vuestro padre!

*Maria.* Ha salido á buscar la cantidad que debe á M. de Ferrières; yo me he quedado, porque sé que Jorge necesita quien le consuele.

*Jorge.* Y sois vos, Maria?.. vos!.. Olvidais que vuestras riquezas...

*Maria.* Qué importan?... no hay por ventura felicidad sin riquezas?.. Siento la pérdida de mi padre, pero al propio tiempo conozco que ahora se verá obligado á emprender de nuevo sus tareas, y me consuela el pensar que volveré otra vez á aquel pueblo donde fui tan dichosa.

*Jorge.* Y yo también; allí tan solo conocí la felicidad.

*Maria.* Si lo que no espero mi padre se ha arruinado con esa pérdida, necesitará quien trabaje con él y alivie sus penas; yo le ayudaré y apreciaré la vida, porque será necesaria á la ventura de alguno... Pero, no me escuchais?..

*Jorge.* (*Acercándose á ella.*) Oh!.. sí tal; hablad, Maria, hablad... Vuestra voz es un bálsamo que aplaca mi dolor... miradme... vuestras miradas me dan la vida... Infeliz!.. nadie me ama en el mundo!

*Maria.* (*Con tono quejoso y cariñoso á la vez.*) Y osais decir eso al lado mio?

*Jorge.* Pero... vos, Maria... no ignorais que vuestro padre no... debe ese dinero...

*Maria.* (*Tapándole la boca.*) Silencio... es un secreto horrible.

*Jorge.* Lo sabíais?..

*Maria.* He hecho por olvidarlo...

*Jorge.* Pero...

*Maria.* No éra padre de Jorge?

*Jorge.* Y... lo saben otros tambien?

*Maria.* No, yo sola. Una rara casualidad me lo ha revelado hace cerca de un mes.

### ESCENA VIII.

*Dichos.* DARMINCOURT. ELISA. MADAMA DE FERRIÉRES. FERRIÉRES. DUMESNIL.

*Maria.* (Saliendo al encuentro de su padre que viene por la puerta de la derecha.) Padre mio!

*Dumesnil.* Que es esto? Lloras?... Vamos, hija mia, es preciso tener valor y resignacion. Señor de Ferriéres; ahí teneis lo que os debo. (Le da una cartera.)

*Ferriéres.* Está todo?

*Dumesnil.* Todo.

*Ferriéres.* (Sonriéndose.) Ya veis, vecino, que no en todas vuestras empresas sois feliz?... Qué os parece?

*Jorge.* (Aparte.) Es posible!

*Ferriéres.* (Entregando la cartera á Maria.) Tomad, Maria.

*Maria.* Señor...

*Jorge.* Ah!...

*Ferriéres.* Tomad y devolvedle esto á vuestro padre aconsejándole que no vuelva á arriesgar el dote de su hija en una carta. Ea... tomad.

*Dumesnil.* Admirable conducta!

*Ferriéres.* Vamos...

*Dumesnil.* Pero qué... Es de veras?...

*Ferriéres.* He querido daros una leccion porque ibais aficionándoos al juego y hubiérais acabado por arruinaros. Convengamos en que os he hecho pasar un mal rato.

*Dumesnil.* Lo confieso, pero no sé si deba tomarlo todo. Me lo habeis ganado lealmente y...

*Ferriéres.* Recibidlo de manos de Maria... Por todo ello os pido únicamente que tengais la bondad de admi-

tir por socio en vuestras empresas á mi hijo , y que le sirvais de padre durante el largo viage que voy á emprender.

*Todos.* Un viaje!... Como?

*Ferriéres.* Jorge ha recibido una carta que le obliga á embarcarse para Indias y yo quiero ir en vez de él. Nuestro intereses lo exigen. Estás contento, Jorge.  
(*Bajo á su hijo.*)

*Jorge.* Padre!...

*Mad. de Ferriéres.* Y te separas de nosotros?

*Ferriéres.* Es preciso... (*Colocándose entre su muger y su hijo.*) Ya no nos volveremos á ver... te queda tu hijo. El buen Dumesnil velará sobre mi familia.

*Dumesnil.* Oh! si yo pudiera (*Mirando á Maria y Jorge.*) arreglarlo de modo que la mia y la vuestra fuesen una misma... no seria mal desquite...

*Ferriéres.* Es imposible... Elisa...

*Elisa.* Jorge , me habeis mostrado deseos de retirar vuestra palabra... Os la devuelvo.

*Jorge.* (*Señalando á Maria.*) Padre mio, he aqui vuestra hija.

*Darmincourt.* (*A Elisa.*) Me haceis feliz!...

*Dumesnil.* (*Cogiendo la mano á Ferriéres.*) Sois el hombre mas de bien que pisa la tierra, y si la academia hiciese justicia os debia dar este año el premio de virtud.









